



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1187

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 28 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

INICIATIVAS

PROVECHOSAS

Con las obras emprendidas por el Ayuntamiento y las particulares, que se están realizando, creíamos que cerraría esta etapa de florecimiento local; pero nos engañábamos, pues así como una vez iniciado el movimiento, éste sigue su curso si una causa exterior no lo modifica ó lo anula, así también la voluntad creadora sigue desenvolviendo sus proyectos si otra causa no la paraliza.

Y la hora de ahora no es la de los agotamientos de las iniciativas; al contrario, cuando parecía que íbamos á tomar un punto de descanso, nos encontramos impelidos á la defensa de una nueva que por su grandiosidad é importancia solicita nuestros entusiasmos. Nos referimos al asunto tratado en la reunión que se celebró anteayer en el Ayuntamiento, asunto que ha despertado curiosidad vivísima en nuestros connocidos.

Encomendado cómo está su estudio á personas que entienden los negocios, asesoradas de peritos de mérito, esperamos el informe que han de producir, para sobre él hablar; pero en tanto que ese caso llega, emplearemos el tiempo en explicar á los lectores lo que haya resultado incomprendible en el artículo publicado ayer.

Hemos dicho que el proyecto es grandioso y no precisa tener ojos de lince para verlo ni inteligencia especial para apreciarlo: lo está diciendo á voces el conjunto de las obras que hay que realizar; la cantidad de numerario que han de consumir; los centenares de obreros que habrán de ocupar y la enorme extensión de terrenos y edificios que han de servir de pago al gran proyecto.

Reducida la cuestión á límites que la pongan al alcance de todos,

se trata de construir por el ministerio de la Guerra las siguientes obras:

Los docks militares en las proximidades del Batel

Un hospital en Santa Lucía. Un edificio destinado á gobierno militar, que será emplazado en el mismo sitio que hoy ocupa.

Pabellones en la plaza de toros y terrenos contiguos.

A cambio de esas obras realizadas á expensas de la empresa industrial que se forme al efecto y que será patrocinada por el Municipio á los fines de negociar con el ministerio de la Guerra todo lo necesario, ha de ceder éste lo siguiente, que se presupone en 6.000.000 de pesetas:

Las murallas de mar y tierra, cuya cesión lleva anexas las zonas militares de las mismas

El Parque de Artillería que facilitará la prolongación de la Serreta para llegar á la estación de pasajeros últimamente proyectada.

Los castillos de Despeñaperros y Mórros, de los cuales este último ha de dar considerable extensión al ensanche.

Los montes Sacro, Concepción y S. José, susceptible especialmente el segundo para ser ocupado con una barriada.

El cuartel del Rey que por su área extensa y por su situación inmejorable puede ser capaz para un mercado.

Y las factorías militares, el almacén de pólvora de Santa Lucía, la comandancia de Ingenieros y otros edificios del ramo de Guerra que no se utilizan actualmente.

¿Tiene cuenta el cambio?

Si del estudio que ha de practicar la comisión nombrada resulta afirmativa la respuesta, se habrá despejado una incógnita; pero quedará por despejar la segunda, que es también la más dificultosa: hallar el dinero necesario para hacer las obras base de la permuta.

En otra parte eso sería una cues-

tion secundaria; pero aquí no hay costumbre de acometer tales empresas y ese pudiera ser el lado flaco del asunto.

Si embargo, teniendo en cuenta que el carácter de la población va modificándose hasta el punto de haberse interesado considerablemente en empréstitos y empresas industriales que antes le causaban olímpico desdén y hoy atraen su atención obligándole á tomar parte en negocios que rechazó siempre, abrigamos la esperanza de que se interesará en éste que está puesto en estudio, si del que practica la comisión nombrada se deduce que tiene cuenta acometerlo.

De todos modos, bien porque la población se interese ó porque una empresa extraña lo tome, creemos que no se quedará por realizar el grandioso proyecto en que nos hemos ocupado

TIJERETAZOS

Ha dicho el ministro de la Gobernación, que á recibir á los diputados regionalistas que han hecho renuncia de sus actas porque la comisión correspondiente del Congreso las declaró graves, salieron á la estación de Barcelona quinientos individuos.

De modo que no resultó el efecto teatral que esperaban los catalanistas.

Pero la prensa dice más que el ministro.

Califica de fuga la actitud en que se han puesto Robert y consortes y añade que aquella es efecto del miedo que les inspiraba tener que discutir en las Cortes el catalanismo.

La observación está muy en su punto.

¡Pero no les parece á ustedes que ese desplante irrespetuoso de Robert le quita autoridad para seguir proclamando la secesión del cerebro catalán!

Donde quiera se hacen tonterías.

Y la que ha hecho Robert es de las que immortalizan á cualquier ciudadano de pocos alcances.

En un meeting celebrado en Inglaterra, al cual han asistido delegados franceses,

han dicho los primeros que era imposible la guerra entre las dos naciones.

Eso será lo que tase un sastrero.

Y los únicos del gremio que pueden hablar tijera en mano son Eduardo VII y Mr. Loubet.

Así encabeza un periódico de Barcelona la revista de la corrida de toros celebrada el domingo en la plaza nueva de aquella ciudad:

«La corrida de ayer ofreció todos los incidentes extraordinarios apetecibles, para que resultara bárbara y tal como desean los que pretenden la abolición del espectáculo.»

En fiesta acabará por sí misma.

¡Ah! hubo en ella su correspondiente cogida: una horrible cornada recibida por el Sastrero.

¡El Sastrero!

Me parece que ese pobre hombre no es la primera vez que descansa en el lute esta temporada.

Cuánto más le valdría meterse á carpintero ó albañil.

LAS NUEVAS COLONIAS

En casi toda su extensión, la costa del Africa occidental es baja y pantanosa. Sigue á esta zona otra más elevada de cerros, y, en algunas partes, verdaderas montañas (en Camarones llegan estas á 4000 metros), y después una meseta central á la que la línea montañosa sirve de rebordo. Diré, de paso, que la Naturaleza ha reproducido en nuestra Península ese tipo de arquitectura, reproducción que explica muchas cosas de nuestra historia y de nuestra política, inexplicables sin el auxilio de la Geografía y ciencias afines. Volvamos al tema. Al Norte del Gabón levántase el borde litoral á 1000, 1500 y 1800 metros, elevaciones que se alcanzan á poca distancia de la costa. Estos montes forman la llamada Sierra del Cristal, y ocupan la mayor parte de la Guinea española. Como la altitud modifica favorablemente los efectos deprimidos del clima ecuatorial, esta parte de la costa africana es la más sana y menos cálida del Africa, situada entre los trópicos, ventaja de gran trascendencia que importa señalar desde el principio.

Los montes del Cristal son graníticos.

Abunda en ellos el hierro, habiéndose encontrado filones de hematita. También se han hallado indicios de estaño, de cobre y de otros minerales. Mr. Barrat, explorador francés, encontró también oro, y persuadido del gran valor mineralógico de la región, escribió estas palabras en su «Etude sur la géologie du Congo francais»: «El núcleo primitivo que aparece en todo el borde de la meseta africana y en algunas partes del interior, atravesado, sobre todo en los montes del Cristal, por una ó muchas vetas de granito, diorita, etc., parece destinado á darnos, una vez estudiado con atención, riquezas de importancia. Reservamos en la creencia de que nos reservan grandes sorpresas; pero no nos cansaremos de repetir que sólo se obtendrán resultados al cabo de minuciosas y sistemáticas indagaciones.»

El ingeniero de minas y administrador colonial francés Mr. Brousseau ha confirmado las pronuncias de M. Barrat, encontrando cuarzos auríferos en los montes que separan la cuenca del Muni de la del Gabón, y obteniendo de ellos cinco centigramos de oro fino en polvo por cada tres decímetros cúbicos de arenas cuarzosas. El comisario general, Mr. Lamothe, remitió al ministerio de las Colonias tres cajas de muestras, que á su vez el ministerio ha enviado á Mr. Munier-Chalmas, profesor de Geología de la Sorbona, para que las examine y consigne en un informe el resultado de sus estudios. Hace pocas semanas he sabido que el ministro de Mr. Brousseau, en un segundo viaje, del que acaba de regresar, ha encontrado también oro en los alrededores de Bata, es decir, completamente dentro de la que ya es tierra española de hecho y de derecho.

En la región costera del Gabón se encuentran pozos de petróleo. Mr. Barrat opina que estos hidrocarburos, tomados á suficiente profundidad y bien destilados, podrían dar un aceite mineral de buena calidad. Las muestras analizadas en la Escuela de Minas de París, han dado los resultados siguientes:

Petróleo de Fernán Vaz, 10.188 calorías. Id. del lago de Isania 9.267 id.

La luterita en que brotan estos manantiales, se extienden por la margen derecha del Muni y del Utambou, lo que da motivo á sospechar que pueden encontrarse en estos países capas petrolíferas subterráneas.

La flora y la fauna de Guinea ostentan la

S. vernia. El buque iba cargado de heridos, de cañones y de caballos; el fuego había cesado en todo el campo de combate. Como la noche anterior, brillaban las estrellas en el cielo, pero el viento había arreciado y agitaba el mar. En el primero y segundo baluarte surgían numerosos fogonazos al ras del suelo que iluminaban el horizonte, precediendo á otras tantas explosiones que sacudían la atmósfera, permitiendo ver lanzadas por el aire nubes de piedras y objetos negros de forma extraña; algo ardía cerca de los docks, y una llamarada roja reflejaba en el agua; el puente, cubierto por apretada muchedumbre, aparecía iluminado por los fuegos de la batería Nicolás; un haz de llamas parecía elevarse sobre el agua en la lejana punta de la batería Alejandro, iluminando la capa inferior de una nube de humo que se balanceaba encima de ella.

Como la noche anterior, las luces de la escuadra enemiga brillaban á lo lejos en el mar, tranquilas é insolentes; los mástiles de nuestros buques, echados á plomo y sumergiéndose poco á poco en las profundas aguas, dibujábanse sobre la roja luz del incendio.

Sobre la cubierta del vapor nadie hablaba; de tiempo en tiempo, entre el cabrilleo de las ondas, hendi-

das por sus ruedas, y el ruido de la máquina, oíase resoplar á los caballos, cuyas herraduras golpeaban la tablasón, y al capitán lanzar algunas voces de mando, así como los lamentos dolorosos de los heridos.

Viang, que no había comido desde el día antes, sacó un cantero de pan del bolsillo y mordió en él; pero al acordarse de Volodia rompió á sollozar tan ruidosamente, que llamó la atención de los soldados.

—¡Mira! come pan y hora nuestro Viang—dijo Vassiu.

—¡Es extraño!—añadió otro.

—Mira ahí; han quemado nuestros cuarteles—prosiguió suspirando.—¿Cuántos han muerto de los nuestros! ¡Y á pesar de todo, los franceses han entrado!...

—Y á duras penas hemos logrado escapar vivos; hay que dar gracias á Dios—agregó Vassiu.

—¡Lo mismo digo; es desesperante!...

—¿Por qué? ¿Crees que les irá bien ahí? Esperate; ya verás cómo lo recobramos. ¡Perderemos más gente, es posible; pero, ten verdad como que Dios es Santo, que si el emperador lo manda, se recobrarán! ¿Crees que se les ha dejado de cualquier modo? ¡Vaya! no les quedan sino cuatro paredes; han sido vo-

to dominante en todos. Los soldados, hechos á latirse en los sitios que abandonaban, sintieron sin defensa en cuanto se alejaron de ellos; inquietos, agolpábanse en la entrada del puente, sacudido por ráfagas violentas. A través de la aglomeración de regimientos, de milicias, de carruajes, cobrándose unos sobre otros; la infantería, cuyos fusiles chocaban entre sí, y los oficiales de órdenes á duras penas podían abrirse camino; los vecinos y los sirvientes militares que acompañaban á los bagajes, pedían llorando que los dejaran pasar, mientras que la artillería, presurosa por alejarse, rodaba con estrépito al descender á la bahía.

Aunque la atención se viera distraída por mil detalles, el sentimiento de la conservación y el deseo de huir lo más pronto posible de aquel lugar terrible, llevaba el espíritu de cada cual, así del soldado mortalmente herido, echado entre otros quinientos infelices sobre las losas del muelle Pablo y pidiendo á Dios la muerte, como del miliciano rendido, que haciendo el postre, esfuerzo, penetra en la compacta multitud para dejar camino libre á un jefe, como del general que pide paso por voz imperiosa deteniendo á los soldados impacientes, ó del marinero perdido entre un batallón en marcha y casi ahogado por la